

## Tres cuentos

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

### El escritor frustrado

**E**ra un personaje extraño, muy extraño... Lo conozco bien y les voy a pintar un cuadro de este peculiar sujeto.

No era mala persona. Extraña sí. Mala, no. Asiste puntualmente a su trabajo y le encanta lo que hace, pero tiene la idea de que es escritor. Se siente escritor y esto fue lo que empezó a perturbarlo hasta que aconteció la debacle.

Comenzó garabateando cuenteretes cortos, algunos de cierta calidad literaria, debo reconocer. Sin embargo, al seguir creando notó que una brillante idea para ser plasmada en un cuento de antología, se iba apagando conforme escribía, el relato iba perdiendo todo el encanto que había generado en su imaginación...

*Y se fue, sumisa y huraña hacia alguna parte, una parte que vislumbraba lejana, estéril, terrorífica; sin embargo, ella se acercaba cada vez más a ese lugar de pesadilla que la atraía, la llamaba, la atraía tan intensamente que tenía deseos de llegar ya y disfrutar de ese lugar extraño pero fascinante...*

Luego, no pudo seguir escribiendo, la idea se apagó como por encanto. Todo el esbozo, toda la trama se difuminó como por encanto, se consumió en las nieblas de su mente...

Usó el cursor y borró con enfado lo que había redactado. Se levantó, dio una mirada rencorosa al monitor y salió de la habitación hastiado, blasfemando de su ingenio o del geniecillo travieso que le hacía pasar tan malos ratos. Una copa o dos lo hacían entrar en una breve euforia creadora, entonces tomaba una servilleta y escribía, escribía con ilusión renovada, al pensar que tenía la veta literaria que debía explotar, era la idea que había buscado para su relato. Pagaba la cuenta y volvía a su habitación. Frente al monitor iba viendo con placer el conjunto de letras que daban forma a palabras y palabras que construían ideas concretas que daban cuerpo a la trama del ansiado cuento. Pero después de una

segunda cuartilla, sintió, de nuevo, que la idea se le escapaba, su inspiración terminaba y quedaba sumido en la desolación, en el engaño absoluto. Salía a la calle, triste, desesperado.

Al volver del bar, de madrugada, frente al monitor se ilumina y vuelve a redactar.

*Ricardo, joven alcohólico vivía de ilusiones. Cuando estaba sobrio trabajaba y estudiaba, lo normal dentro de la normalidad que la sociedad nos impone. Tras los etílicos reflejos de la copa que sostenía veía sus ilusiones, sus temores. Lucrecia aceptaba los delirios de su marido; sin embargo, el tiempo es un recio catalizador del amor y Lucrecia empezó primero con temor y luego con resolución a reprocharle a Ricardo sus constantes escapadas de la realidad. Era algo extraño ese sentimiento, pero se creía y lo que era peor para ella, fuera de las ilusiones de Ricardo. Dice el refrán que va tanto el cántaro al agua que llega a quebrarse, pero en este caso, fue completamente diferente. Ella empezó a construir sus propios mundos donde se refugiaba y viajaba a sus anchas, sumisa, huraña, a alguna parte, una parte que vislumbraba lejana...*

Otra vez el fantasma de la esterilidad mental lo empujó a dejar la computadora y sumirse nuevamente en el pesar. Otra vez quedó vacío, sin ideas. Ideas que se perdían en las sombras de su mente. Salió a caminar, desesperado, aniquilado, no encontraba más que pesadez. Una copa lo hizo sentirse mejor, eufórico sintió que otra idea le atenazaba por dentro. Le volvía de nuevo el brío, la energía y se sintió escritor de repente. Entró como un rayo en su vivienda y sin saludar a nadie, presa de un nuevo arrebató de creatividad se sentó frente a su computador.

Su esposa ya conocía esos arranques. Arranques de escritor le hacía creer él. De escritor trasnochado, pensaba ella. Le hacía el menor caso posible. Una vez hubo despedido a sus invitados, se entregó a su mundo. A su mundo de mujer olvidada. Le llegaba a la mente la figura pequeña de su amiga Ana, quien le contaba sus desdichas por las infidelidades de su marido. ¡Es irónico! Ella tenía que lidiar con una rival etérea: ¡la literatura de su media naranja!

Vivía en uno de esos barrios nuevos, de casas idénticas, de aceras idénticas, de jardines idénticos, de carros idénticos, de pensar y gustos idénticos. Tenía amigos idénticos con gestos idénticos. El salirse de lo idéntico lo intrigaba; sin embargo, le aterrorizaba no ser idéntico... Una vez graduado de bachiller del colegio ingresó a la universidad y estudió algo idéntico a la mayoría de sus amigos. En la universidad siguió siendo idéntico, no sea que nuevos gustos desentonaran y lo sacaran de circulación en lo que respecta a su vida social, además, le daba miedo perder un idéntico futuro. De profesional hacía labores idénticas y todo idéntico a todo. Es por eso que era su ilusión vivir rodeado de gente no idéntica. Donde lo diverso no generara un tsunami de comentarios soeces y miradas de soslayo. Es por eso que escribir era su ilusión, pues solo en la creatividad de las letras podía formar ese mundo diverso, por lo menos el social. Deseaba vivir en el mundo que creara, aunque solo existiera en su mente, en su imaginación.

Una distracción leve, una simple llamada telefónica le disipó su inspiración. Pasó dos horas tratando de retomar el hilo perdido, pero nada, nada de nada...

Otra vez quedó en cero, sin inspiración, sin qué escribir. Otra vez la maldita sensación de vacío. Pasó dos horas escribiendo palabras, borrando párrafos, rebuscando frases. Nada, nada le salía ya... ¡Estaba seco! Un terrible estreñimiento mental, dirán algunos. Su creatividad se había esfumado, nuevamente su creatividad se disipaba y se dispersaba en las sombras de la noche.

¿Qué hacer? ¿Buscar a un psicólogo? Y decirle ¿qué cosa? ¡Que no podía escribir! Que le reventaba el hecho de que su creatividad fuera tan ... irregular... Se sentía desdichado porque no podía escribir un maldito cuento; y por el contrario, tenía éxito en el trabajo, muchos amigos, una esposa que amaba, hasta un perro, un precioso perro que movía la cola del gusto de verle llegar. ¡Él era normal! Tan normal como su vecino, sin embargo renqueaba de su creatividad. Posiblemente su musa literaria salió discapacitada. ¡Discapacitada! Como para reír a carcajadas hasta reventar. ¡No! Me creería loco, un loco de atar, por contarle una sutileza de tal calibre. ¡No! Además, él no estaba loco... no se creía loco. ¡Era idéntico a los demás! ¿Qué le diría el psicólogo? Que no todo el mundo podía escribir como un Cervantes, o como un Donoso. No todas las personas pueden plasmar el mundo real o imaginario en un papel y que su lectura sea entretenida y hasta educativa. Ahí está mi mejor amigo: no lee, menos escribe, pasa el tiempo con una cerveza en la mano viendo el fútbol, se tira pedos y eructos y es feliz así. Juega fútbol los fines de semana, discute fútbol en la cantina del barrio y no lo veo hecho un desdichado. Es más, se convierte en el alma de la fiesta, es muy agradable y no lee, a lo sumo el periodicucho ese de La Tea, o como se llame. Ese, donde vienen chicas enseñando todo el trasero.

También está el Jefe, que disfruta miles en las cantinas, tampoco es amante de los libros, menos de escribir, salvo las cartas de regañadas o pedidos. Sus libros son un asunto decorativo en la oficina. ¡Y es el Jefe! Llegó a jefe sin haber leído una maldita novela. Dice que para lo que hace, no necesita saber de quijotes que se enamoraron de la tal Julieta ... ¡Hace una mezcla endemoniada de obras literarias! Pero ahí está, encumbrado como jefe de la oficina.

Entonces ¿por qué sentirse así de destruido? Total, lo intentó, que es lo principal. ¿Por qué sentirse mal? Una copa no le caería mal, después de todo se sentiría mejor, lo reanimaría, y quién quita no encuentre su inspiración en el fondo de la botella! Salió al bar de la esquina y su mujer, mientras tanto, al verlo como se alejaba, se sumergió en su propio mundo de fantasía.

La encontró despierta, soñando. La vio tan deseable que tuvieron sexo hasta la madrugada. ¿Tuvieron? Se sintió satisfecho, relajado porque su papel de esposo lo cumplía a las mil maravillas... Ella seguía sumergida en su mundo, un mundo en donde él no existía.

Sentía que algo le faltaba y era... ¿qué era? Estaba confuso, después de su convencimiento de ayer sobre su felicidad absoluta seguía sin entender su angustia, una angustia que le oprimía el pecho. A la hora del almuerzo lo volvió a atenazar su creatividad con una idea maravillosa. Bueno, para él la idea era maravillosa. Decidió no escribirla en una servilleta, sino que le dijo a su compañero que le informara al Jefe que se reportaba enfermo, y así nomás, sin despedirse, salió a todo lo que le daban sus piernas hasta llegar a su casa, a su habitación a

escribir, a escribir maravillosamente, lo presentía. Sentía que ahora sí lograría escribir un relato, sacarlo de su escondite literario. Un solo cuento, pero entero, coherente, capaz no de ganarse un premio, pero sí el asombro de un lector.

Le arrullaba el vaivén de su bote, mecido por las insistentes olas. Jaime, viejo pescador, era feliz en su bote, solo, tratando de oír los secretos de las sirenas. Solo en su bote, pescando en el centro del golfo, pescando lo suficiente para subsistir. El cielo y el mar eran sus amigos, cuando salía de noche y el cielo era traslúcido, como una perla negra, podía contar las estrellas, pedir un deseo ante una estrella fugaz, o contemplar la redonda luna, ahí arriba, tranquila y con esa fría belleza que la caracteriza. Desde joven la amaba, era un amor no imposible, porque siempre que la miraba, sentía que ella desde su altura le devolvía una tierna mirada, una mirada de amor y presentía que su baño de tenue luz, era solo para él, él su admirador perpetuo. Así era uno de los mundos a los que ella recurría. En su mundo, siempre cambiante, en constante transformación, no era rechazada, era parte del paisaje. Era la Luna que iluminaba con rayos amorosos a Jaime, el viejo pescador. En su mundo, ella era la reina.

De repente, lo invadieron preguntas. Preguntas necias que lo volvieron a la realidad. Se sintió satisfecho haciendo el amor a su esposa. Pero ¿y ella? Ahora recuerda esa mirada. Lejana, vacía, fría como la luna. ¿La estaría perdiendo, acaso? ¿Sería ese pensamiento el que lo aturdiría y lo sacaba de su éxtasis creativo? ¡Ahora entendía! Eran ya años en su loco deseo de escribir. Meses desde el momento en que el Jefe, ese que hace enredos terribles con la sacra literatura universal, le escribiera una muy bien redactada carta de despido, motivada por sus constantes reportes de falsas enfermedades. Meses que lo tenía atenazado el licor, como una puerta falsa de escape de la realidad. ¡Su realidad! ¿O acaso era esa su realidad? ¿Despertó de un sueño?

¿Era tan malo luchar por una meta? ¿Era tan malo? ¿Era...? ¡Es como ir por lana y salir trasquilado! Volvió a su redacción, que lo esperaba paciente en el monitor. La leyó. Borró todo lo que había escrito. Tenía otra idea para escribirla. Una idea en donde plasmaría su ilusión por la escritura, tal como una calina fría, trasnochada. Como un fantasma contemplativo...

Ricardo, asqueado de su mundo, de guardar siempre las apariencias. De cometer tantos errores por conseguir un ideal. Harto de cumplir un rol idéntico, minuto a minuto, hora a hora, mes tras mes, años tras años, no aguantó más. Entró al cuarto de baño y observó la imagen de su figura en el espejo de cristal de roca. Se acarició una mejilla, renegrada por poblada y descuidada barba. Tomó un sobre de navajillas, extrajo una que ajustó en su anticuca maquinilla de afeitar...

Lucrecia, después de un frugal desayuno, para matar el hambre voraz producto de su regreso de sus irreales mundos creados por las líneas que consumía en la noche, quedó satisfecha. Tomó el periódico y lo ojeó. ¡Nada novedoso! Crímenes, escándalos de cuello blanco por el desfalco con el dinero de todos los contribuyentes, los sempiternos choques, los chismes de las trasnochadas figurillas de la farándula. ¡Qué bostezo! Tiró el periódico a un sillón. Saboreó otra taza de aromático café. Repasó su vida. Sus años de matrimonio que fue descendiendo

en el termómetro del calor conyugal hasta quedar congelado en el punto mínimo, bajo una lluvia de nieve. ¿Qué les había ocurrido? ¿En qué punto del camino empezaron a alejarse? Se levantó. Un inesperado eructo le dibujó una cálida sonrisa, subió las escaleras rumbo al cuarto de baño. Abrió la puerta y se topó con una fija y escrutadora mirada. Las mejillas pálidas y rasuradas de su marido le llamaron la atención, hace días no se quitaba esa fea y sucia barba. Sin embargo, no externó sentimiento alguno. ¡Así era de fría su relación marital desde unos meses atrás! Bajó la mirada y contempló, no sin un leve sentimiento de placer, la brillante mancha rubí que poco a poco se extendía por el oscuro enlosado. El grifo dejaba salir un constante chorrillo que caía con una música extraña en el lavamanos. Un rictus en su boca, como si fuera una tímida sonrisa, apareció discreta enarcando sus labios. Cerró lentamente la puerta y bajó a su habitación, presta a planificar su último viaje a su mundo imaginario...

## El pedazo de cartón

Se detuvo en un escaparate de una joyería, deseaba admirar un anillo, un enorme anillo con una piedra. ¡No! piedra no, ¡roca! Una enorme roca que quebraba en miles de destellos los rayos de luz de un agónico sol de la tarde... Qué bien quedaría en el dedo corazón de ella... Pero no. Ella ya salió de su vida... Se alejó como un cometa...

De repente dejó de observar el anillo, su propio reflejo le atrajo la atención. Es una figura confusa, tan pequeña...

Cuando la conoció, trabajaba de mesero en uno de esos restaurantes baratos... Ella estaba estudiando la carrera de Secretaría Bilingüe. No le iba nada mal. Esos ojos pícaros enmarcados por los gruesos aros que sostenían unas lentes de mediana graduación, parece que sonreían cuando observaban atentos. Esto le gustaba... vaya si le gustaba esa mirada, era una delicia. Esa mirada atenta, penetrante, sobre todo cuando lo observaba llorar... ¡Sí! Como lo oyen... ¡Llorar! Pues era él quien recurría al llanto en su relación.

Ahora, al ver su reflejo en la vidriera le dan ganas de llorar, al ver su figura tan pequeña, tan reducida, tan pobremente vestida. No, nunca lo comprendió, y bueno, ese sentimiento de incompreensión lo llevó a quebrar su relación con ella. Sí, como lo oyen, porque fue él quien terminó una relación de convivencia de cinco largos años. Los mató la rutina, dirán algunos que no ven más allá de sus propias narices.

Al ver su imagen revivió el niño que una vez fuera. Menudillo, callado. Siempre cuestionó por qué algunas compañerillas le mandaban mensajes de amor y le hacían ojitos cuando salían al recreo o a la salida de las lecciones, si había compañeros mucho más fornidos y gallardos que él. Incluso los admiraba desde lo más profundo de su ser, porque quería ser como ellos, alegres, guapillos, tan apetecidos por las compañerillas del colegio. En fin, eran exitosos, y él... bueno, él

era él... el que ahora se ve reflejado en la vidriera. Sí, eran exitosos. Y excitantes. Aunque esto no lo podía definir en su niñez.

La conoció en una actividad en el Parque Central, de la manera más extraña... Como había mucha gente, prácticamente un molote, chocaron y le regó el fresco en la blusa. Qué vergüenza más terrible pasó esa noche. Le sudaba hasta el pelo de la congoja. Se derritió en excusas y disculpas, mientras sus cachetes se ponían rojos como tomates maduros...

Lo cierto es que ella llevaba otra prenda que se cambió en el retrete del restaurante donde trabajaba de mesero. Y así, después de esa manera tan mojada y fría empezó una cálida amistad...

Qué curioso, no había notado el agujero en su pantalón del uniforme del restaurante. Se destaca perfectamente en el reflejo que el vidrio proyecta como una mala película.

Sí, la decisión de convivir llegó una noche de luna, aunque la cualidad de esa noche no influyó en nada en la decisión tomada. Fue después de un violento coito en un hotelucho de San José lo que los animó a convivir. Se lo propuso esa misma noche, pero con el temor del rechazo asomando la nariz por la puerta de la habitación en donde se encontraban. No soportaría un no por respuesta. No se sintió seguro durante el sexo y pensó que a ella no le había agradado en lo más mínimo. Pero resultó todo lo contrario, ella aceptó y entonces, se sintió sumamente feliz. Ya su vida cobraba sentido.

Para un chico que llega del campo a la ciudad, aún en la adolescencia, la soledad era una compañera poco deseable. Por eso, el sí de su compañera lo hizo respirar tranquilo. Empezaba a cambiar la maldición de lo que su padre en el colmo del alcoholismo le dijo que nunca serviría para nada... Bueno, siempre se lo pasaba repitiendo. Pero la aceptación de ella lo hizo muy feliz.

Sin embargo, ahora, su imagen en el vidrio era una completa derrota. Sintió nuevamente ganas de llorar.

En el colegio no era un don nadie, simplemente era nadie, sin ningún atributo intelectual o corporal que pudiera llamar la atención. En otras palabras, no se sentía interesante ni para él, ni para nadie. Pensándolo ahora, no sabía qué era más infernal para él, el colegio o su hogar. Su hogar... bueno su casa, no era un lecho de rosas, su padre con ese alcoholismo que le daba un agrio carácter violento, muy violento, que por cualquier cosa arremetía contra su madre o su hermano y él. Muchas veces los vecinos intervinieron avisados por los gritos de furia de su viejo o los llantos lastimeros de su madre. Después de estos episodios, llegaba al colegio y sentía una gran derrota, que la vida misma valía un cuerno y que él no valía más que esa vida. ¿Qué compañera se fijaría en un fracasado como él? Y lloraba, derrotado, en el baño.

Viéndose en el vidrio creyó estar viendo la sombra de ese joven de colegio que una vez fuera, que, derrotado por la vida, se largó a llorar a la habitación de su amigo. Percibía en el vidrio la imagen de ese amigo que ese día lo cubrió con su abrazo para que llorara tranquilo en su pecho. Sintió su calor, los músculos tensos de sus brazos, y esa voz cálida que lo consolaba, que le decía que le gusta-

ba y seguidamente sellaba su mensaje con un beso en su mojada mejilla. Se abrazaron... Volvió a revivir el beso, nacido cuando sus juveniles labios se juntaron para amarse. Ese día se sintió extraño. Aún se acuerda de que el abrazo tardó eternidades. ¡Y ese beso! Ahí entendió el concepto de la relatividad del tiempo. Nunca se atrevió a avanzar en esa relación que ese día se le presentó. ¿La deseaba? Nunca quiso explorar dentro de sí para contestar esa pregunta. Por esto, y por la situación en su hogar salió del colegio al cuarto año y se dedicó a trabajar. La vida es cruel. Fue una lucha de sentimientos inquietos, encontrados.

También viendo su silueta en el vidrio se acordó de Ruth, la bella Ruth, su primera novia oficial, quien lo rodeó con sus brazos y lo consoló el día en que sus padres se separaron, y su hogar... ¿hogar? ja, ja, ja, se destruyó, se evaporó igual que los etílicos vapores. ¡Cómo besaba! Tenía los labios gruesos y tibios, prácticamente envolvían los suyos y eso le gustaba, más cuando su húmeda lengua jugueteaba con la suya, un placentero roce de lenguas. Esta relación le sirvió para concluir su enseñanza secundaria en el nocturno. Ya ganaba algo y podía costear los estudios. Sin embargo, la sombra de su reciente pasado lo seguía y era común que Ruth le sirviera como en aquella ocasión lo hizo su amigo, de paño de lágrimas.

Terminaron su relación por una simpleza, porque ella le sugirió que se casaran y él con el pánico en la boca le escupió cualquier cantidad de palabrería sin sentido, no era él quien hablaba, ¡era el pánico! La dejó con un palmo de narices al marcharse a todo correr de su presencia. Ridículo más grande no había hecho en su joven vida. Luego quiso buscarla, pero su orgullo se lo impidió. Al tiempo, supo que se casaba con un antiguo compañero de colegio. ¡Oh Ruth! ¿Dónde estarás ahora? De hecho, aprendió a correr como un loco para escapar de los problemas cuando era chico. Se acuerda de que al entrar a su casa, escuchó lloriqueos y vio a su abuela muerta con la espuma que de su boca salía cayendo como en cascada hasta el viejo linóleo que cubría el piso de la cocina. Esto le causó una fuerte impresión y corrió, corrió hasta que le dolieron los músculos de las piernas y del vientre y se sentó en la vera del río a ver pasar el agua, lentamente...

Su reflejo en la vidriera aparece flaco. Aparenta estar gastado, cansado. Sintió de nuevo lástima por él. Su huesuda cara oculta tras una espesa y descuidada barba lo hacía verse más viejo, se veía como alma en pena. Ese primer hueco en el pantalón le preocupó...

Su madre murió al tiempo de haber concluido su educación secundaria, allá en el colegio nocturno. Fue un golpe enorme que se mitigó en parte porque recibía el consuelo de Sofía, con quien convivía. Sofía era la muchacha del accidente en el Parque Central. Sofía, la mujer a la que le gustaría verla con ese anillo en el dedo corazón.

Sofía concluyó su secretariado bilingüe y encontró un jugoso empleo en una de esas instituciones estatales. Sin embargo, no todo fue celebración y alegrías, porque más adelante empezó a dudar de si la nueva situación educativa y laboral de su compañera le cambiaría su amor hacia él. Otra vez lo atenazaba la duda, la incertidumbre. ¿Si descubriría que se sentía como un don nadie? Aunque extrañamente para él, Sofía seguía abrazándolo, besándolo, entregándosele como

siempre lo hacía. Sin embargo, él tenía sus amistades que gustaban de la misma cantina que visitaba, además, los feriados y domingos quería quedarse en casa viendo el fútbol, pero ella quería visitar a sus familiares, y eso le chocaba, porque él no era apegado a ninguna familia. Definitivamente, no quería modificar su espacio, su reducido espacio para acoplarse al de ella. En ese aspecto se parecía a su padre, eran como copias al carbón. Pero el colmo fue cuando ella le propuso que estudiara algo, que le ayudaría, en fin, no aguantó y pensó ver en esa insinuación la vergüenza que podría sentir ella por él.

Ella seguía insistiendo en que estudiara. Un día no pudo más y le indicó que sentía el rechazo de ella por él. ¡Claro! ¡Como ella tiene una carrera! Él era nadie, era un fracasado, ella quería posiblemente salir con personas de su igual posición. Fue cuando terminó abruptamente con ella. Hace un año. ¡Un largo año!

Treinta y nueve y se siente viejo, derrotado. Sobre todo, le sigue valiendo la vida un cuerno. Después de la ruptura trabajó en el restaurante seis meses y renunció. Renunció porque sentía que todas las personas que llegaban al restaurante, le reclamaban su ruptura con Sofía. Ella que lo trataba con tanto amor...

Ahora, en pie, frente al escaparate, ve su vida como una película. Dirige su mirada al suelo y observa sus tenis, blanco uno, el otro de un color como azul, este último con una fisura a la altura de la suela, a través de la que se observaban sus manchados dedos. Su vestimenta en franco deterioro. Volvió a mirar un reflejo que era el de un sujeto que ya no conocía, con una carga de dudas e inseguridades a la espalda, tanto como un pesado fardo.

Sigue contemplándose en la vidriera, hasta que un policía lo saca de su ensimismamiento al ver que pasa el tiempo y sigue como sospechoso, viendo la vidriera de la joyería. Le sugiere que se ponga en circulación. En una dolorosa circulación.

Echa una última mirada a su reflejo y, derrotado, camina por la acera, arrastrando los pies. Se agacha para juntar un cartón que le servirá de abrigo en las frías noches de la acera.

## La madrastra

¡Por supuesto que te amé! Te amé tanto que veía a través de tus ojos. Tus caricias me encumbraban y me acertaban la respiración. ¡Fuiste el amor de mi vida!

¿Te acuerdas cuando nos conocimos, allá en tercer año de colegio? Lo veo tan distante pero tan actual. Apenas entraste por la puerta del aula me fijé en ti. Ese chico nuevo, de piel caramelo, ojos adormecedores, cabello rebelde ... y ese caminar... que me eclipsó y me elevó al séptimo o undécimo cielo. Te sentaste junto a mí y me ofreciste tu seductora sonrisa que me embriagó y me enamoré perdidamente de ti. ¡Hace tanto tiempo de ello pero tan cercano en mi sentimiento!



\*\*\*

Esa jovencita, menudilla, finilla, despertó la madre que llevo dentro y que no había podido ser. Cuando la adopté, o mejor dicho, me hice cargo de ella, sentí que un vacío dentro de mí se llenaba, un gran vacío del que no sabía su existencia, hasta el día en que la conocí.

Empecé a disfrutarla como a mi propia hija. Ella me aceptó como su madre. Se podría decir que fue un amor a primera vista.

\*\*\*

Te perdoné en tu lecho de muerte. De todos modos ya lo sospechaba, pero no veía la realidad porque te amaba tanto, que no quería adivinar lo que era tan evidente! Es que el amor cierra los ojos ante la prueba más grande y violenta. Me ennegaba la imagen de cuando hace tanto tiempo te vi entrar al aula ... Claro, cuando lo supe... el mundo se me cayó. Entonces te odié tanto porque te amaba lo mismo.

\*\*\*

Empecé a ver sus facciones, sus ojos, su fina barbilla... y esa sonrisa, que cuando la veía, te veía... Sentí tu esencia, sentí tus vibraciones inundarme otra vez.

La muchacha me aceptó y yo la acepté a ella y te di las gracias por tu desliz de aquel momento.

Ella abrió su corazón y de sus labios salieron cataratas de sentimientos de vivencias, de sus desdichas y esperanzas... sí, me enseñó más sobre la vida, que lo que llevo de mi propia existencia.

\*\*\*

¡Sí, mi amor! Aún después de muerto te sigo amando. Empecé a acercarme a la niña unos meses después de tu muerte. Fue cuando empecé a conocerla... lentamente. A sentirla cada día más cerca de mi vida. La mamá... tu amor de arrabal de aquel momento... desapareció... me cuentan que llevaba una vida insípida, sin sentido... A la niña la empecé a observar, hasta que la adopté cuando era ya adolescente. La invité a compartir mi casa, a disipar mi soledad, a llenar de risas mis tristezas... A quitarme las telarañas de mi espíritu.

\*\*\*

¡Ese parecido!

¡Esa sonrisa es la tuya!

Cuando dormía conmigo en momentos de tormentas, sentía ese calor que me confortaba, que me calmaba ¡que me gustaba!

¡Oh, por Dios! Empezaba a disfrutar ese calor. Tenía tanto tiempo de no sentir el calor tibio de un cuerpo junto al mío, que me comenzó a gustar más de lo normal.

Me hacía falta tenerla a mi lado, compartiéndome su calor, su juventud, su belleza, y regalándome esa sonrisa... ¡tu sonrisa!

Comencé a sufrir conflictos internos por no sé qué sentimientos. Los seres humanos somos tan complejos... Y pensamos que somos inteligentes porque desentrañamos los misterios del universo, cuando... si me río... cuando no hemos podido conocernos primero...

\*\*\*

¡Esa sonrisa que era la tuya! Disfrutaba mi parte materna cocinando con ella, yendo al cine con ella, o viendo las películas en casa... Me acuerdo de que no se cansaba de disfrutar la serie de la Guerra de las Galaxias... Me sentaba con ella y la disfrutaba también... Y yo con esa guerra interna que se acrecentaba conforme pasaba el tiempo. El tiempo... el verdugo tiempo... Sí, mis conflictos internos me agobiaban, me cansaban, al punto que me dio miedo rascar en lo más profundo de mi ser para adivinar, acaso, qué me ocurría... siempre me creí una mujer equilibrada, eso reflejaba mi aspecto... equilibrio... frío equilibrio... Más ahora, siento que lo que no tenemos los seres humanos es equilibrio... somos un desequilibrio de emociones, desequilibrio que al final nos pasa la factura.

\*\*\*

Sí, te lo digo hoy, y esto lo veo claro ahora, aunque lo intuía antes. Era la lucha entre mi sexualidad y mi condición de madre adoptiva. Cuando eso ocurrió, me asusté tanto, que rechazaba a la muchacha, en un “crescendo” doloroso, angustiante, más aún cuando ella me reclamaba ese rechazo, ese alejamiento –*Ya no me quieres*- me decía y me veía con esos ojos como de gatito de peluche pidiendo clemencia. Entonces la abrazaba, la cubría de besos y le pedía perdón, le decía que eran cosas de vieja loca, de vieja achacosa, pero por dentro me despedazaba en esa lucha desigual. Conforme pasaba el tiempo mi maternal amor se transformaba en deseo... sí, en deseo...

\*\*\*

Me hace tanta falta, ahora que la he enviado a estudiar al extranjero. ¡Tenía que hacerlo! Tenía que alejarla de mi lado. Sin embargo, extraño su sonrisa, su calor... su sonrisa...

¡Pero no me entiendas mal! No sentía una vulgar atracción física hacia ella, era algo... algo inexplicable, era sentir su calor, un calor del que me apropié hace mucho tiempo, era disfrutar su sonrisa, una sonrisa que me hacía falta. Sí, te lo juro, llegué hasta el paroxismo anímico. ¡Pero no, por favor! No creas que he dudado de mi definición de género! No, no es eso... Ese amor desde otro nivel sentimental, ahora lo entiendo, hoy que estoy aquí, junto a ti, en tu tumba... Hoy lo entiendo...

Te fuiste de mi vida hace tanto tiempo que no te he dejado de extrañar, por eso te vi en ella, y me enamoré de ti en ella, ¡no de ella! Disfruté de nuevo esa sonrisa cautivadora y hace tanto tiempo desaparecida ... ¡Ella eras tú! Me dejé llevar por ese sentimiento loco hacia un amor imposible. Es similar a esos amores que cantaron Virgilio y Esquilo.

Por eso hoy me decidí a venir a tu tumba, ¡boba de mí! A decirte... a decirte de una vez por todas que ya puedes descansar en paz...